



Donde el agua siembra esperanza

A veces un verano puede cambiarte la vida. Mi vida cambió cuando estuve en Thai Nguyen, Vietnam, a miles de kilómetros de casa. Recuerdo el calor húmedo que me envolvió al bajar del avión, el ruido incesante de las motos en Hanoi. Pero fue cuando llegué al campo, lejos de la ciudad, donde descubrí un mundo distinto, hecho de barro, agua y sonrisas.

Recuerdo la primera mañana. Olía a humo de leña y té recién hervido. El sol apenas había salido y ya había movimiento en los campos: mujeres y hombres estaban trabajando medio hundidos en el barro, transplantando arroz con gestos firmes y repetitivos. Yo intentaba imitarlos, torpe y lenta, mientras los niños me miraban divertidos por mi falta de destreza. A lo largo de los días, entre risas y gestos, fui aprendiendo que el trabajo con buena compañía se hacía más llevadero.

Los días transcurrían con una rutina que rápidamente se volvió agradable y cercana. Madrugar, cruzar los arrozales aún cubiertos de niebla, ayudar a los lugareños y finalmente convertirme en una más. Aprendí a reconocer el murmullo del agua que recorre los canales, el canto de los grillos que acontecían el atardecer, la importancia de un cuenco de arroz compartido. Todo tenía un ritmo propio, pausado y ajeno a la prisa a la que estaba acostumbrada.

Hubo una tarde que me acordé de mi tierra. En clase estudiamos sobre cereales, olivos, viñedos, explotaciones altamente tecnificadas, productivas y cómo obtener los máximos rendimientos. Aquí, en cambio, aprendí que la verdadera riqueza de la tierra está en tomar las decisiones en comunidad, en compartir el agua, la tierra y que a todas las familias le lleguen los recursos para poder sobrevivir.

Lo que más me marcó no fueron las técnicas agrícolas que observé, sino las lecciones sencillas que se esconden en los gestos cotidianos. La risa compartida bajo un techo de bambú cuando llovía a cántaros. El silencio respetuoso al plantar juntos bajo un sol abrasador. La hospitalidad de familias que me ofrecían té y arroz, aunque tuvieran poco. Y que no hacen falta palabras para entendernos, bastaban sonrisas, gestos y la hospitalidad de la gente que lo poco que tiene todo lo comparte.

Dos meses después regresé con la maleta ligera, pero con el corazón lleno. Comprendí que la ingeniería agronómica no es solo ciencia, sino también humanidad. También me di cuenta de que la cooperación internacional no consiste en llegar con respuestas, sino en escuchar, en acompañar y en aprender juntos. "No se trata de dar pescado, sino de enseñar a pescar."

Y hoy, cuando recuerdo aquel verano, sé que una parte de mí se quedó allí, entre el verde infinito de los arrozales y la calidez de un pueblo que me enseñó a mirar la vida con otros ojos, unos ojos más humanos.